

EUGENIO PUCCIARELLI, *Los rostros del humanismo*. Estudio preliminar de Malena Lasala. Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1987, 126 pp.

Los trabajos reunidos en este volumen, representativos del pensamiento de su autor, aparecieron en 1974, 1976 y 1971, dos de ellos presentados oportunamente en importantes eventos de carácter filosófico. Los tres pertenecen a campos temáticos sobre los cuales Eugenio Pucciarelli ha vuelto la mirada reiteradamente. No se trata entonces de un volumen que su autor pensara orgánicamente, sino de un homenaje que se le ofreciera y cuyo estudio preliminar ha sido devotamente escrito por Malena Lasala con el título "Pucciarelli y el goce filosófico del tiempo". Unas palabras de José Ferrater Mora lo preceden.

El desdibujado término humanismo constituye el tema de reflexión del primer ensayo titulado "La controversia de los humanismos". Dos vertientes interpretativas se han dado lugar. Por un lado, aquella que sitúa al hombre, sus valores, la creatividad y aún su religiosidad, en el centro de sus intereses. Por otro, hay quienes interpretan al humanismo en identidad con las creaciones intelectuales surgidas en una cierta tradición, principalmente filosófica.

Sin embargo, después del embate librado por la ciencia y la política, puede hablarse de un nuevo humanismo que 'atesoraría lo clásico' integrándolo con otros humanismos de 'índole más abiertamente social'. Un humanismo que intenta moderar los condicionamientos de la técnica y la ciencia, al mismo tiempo que evita el retroceso histórico de situarse con exclusividad en las fuentes greco-latinas. "El humanismo -dice Pucciarelli-, no impone un regreso a la antigüedad clásica con el fin de ...eximirse del compromiso de participar en nuevas creaciones. (...) No se trata pues de repetir modelos, por grande que sea el prestigio que los rodea, ... sino de recrear al hombre utilizando los estímulos que proceden de sus fuentes históricas" (41).

Nuestro autor bucea en aguas actuales y halla que la plurisignificación de la idea del humanismo presenta al

menos cuatro marcos distintos que se elaboran a partir de otros tantos conceptos fundamentales: naturaleza, Dios, existencia y trabajo. Esos humanismos reciben la denominación de: evolutivo o científico, integral o cristiano, existencialista o filosófico y socialista o marxista. Difíciles de conciliar entre ellos, padecen por igual las acechanzas del etnocentrismo, el totalitarismo y la masificación.

Más allá de este conciso resumen, digamos que el primer trabajo es una exposición que gira en torno de las libertades del hombre y, por ende, de los derechos que le asisten sobre la base de la noción de la diferencia. Con rigor filosófico se alude a la permanente vigencia de la libertad en el marco de la solidaridad, por lo que Pucciarelli salta el cerco de la concepción de las humanidades en la unidimensional mirada hacia el pensamiento clásico como el modélico reducto comprensivo del hombre. Esto es posible cuando el intelectual se sitúa desde el horizonte de la diferencia que cancela la creencia en la unidad del género humano. Por lo demás, sólo desde este hontanar pueden condenarse las acechanzas que menciona.

En el segundo trabajo, "Las funciones sociales de la ideología", nuestro autor toma en cuenta primero las distintas significaciones que el vocablo ideología ha recibido, desde las más amplias hasta las más precisas. Históricamente ha mentado 'la totalidad de las ideas de la humanidad', como si fuese un género que alberga especies entre las cuales se hallaría, por ejemplo, la ciencia. Mas, para otra concepción, ideología sería 'la teoría general de las ideas', tal como en 1796 la describiera Destutt de Tracy. Circumscripita a ese tema, deja fuera del campo de estudio la 'ingerencia de factores extraintelectuales' que intervienen en la génesis de las ideas.

En plena Ilustración, Holbach y Helvecio se adelantaron a Marx. Para éste último la ideología resultaba ser el conjunto de ideas determinado por los intereses de una clase social empeñada en disimular las verdaderas relaciones socio-económicas, a fin de preservar sus privilegios (61).

Sin embargo, el tema es más complejo. Advierte Pucciarelli que el carácter deformante y ocultador de la ideología no cancela la validez de la totalidad de sus contenidos. Muchos

conservan 'su valor objetivo y su condición de genuinos conocimientos'. Además, la ideología no excluye necesariamente a la utopía ya que sus contenidos suelen modificarse para adaptarse a la realidad social con el fin de no perder eficacia (63). Esta misma vocación compromete a veces la homogeneidad respectiva.

Sin aspiraciones exhaustivas, el autor señala y describe las siguientes ideologías: conservadorismo, liberalismo, fascismo, humanismo, anarquismo, desarrollismo, racismo e indigenismo. Todas ellas presentan al menos tres rasgos comunes: una visión de la realidad histórica, juicios de apreciación sobre ella e incitaciones para una acción política o social (67).

¿Puede hablarse de la declinación, fin o superación de las ideologías desde cualquiera de los argumentos críticos que se han dado a conocer? La respuesta es concisa y concluyente: "las ideologías son insuprimibles porque la vida histórica... reclama una urgente planificación del futuro inmediato. Esto no puede intentarse sin ideas acerca del mundo, del hombre y de la sociedad, así como la de una evaluación de los recursos de que se dispone y de los fines que habrán de perseguirse en la acción" (72).

Hoy prevalece el intelectual atento a las necesidades de los grupos sociales en sus dimensiones económicas, sociales y políticas, independientemente de su origen o clase social. Nos hallamos ante un "nuevo intelectual, cuya tarea no puede consistir en la contemplación y la elocuencia, sino en la participación cada vez más activa en la vida práctica". "Al intelectual -agrega-, compete la elaboración y la difusión de la ideología que ha de permitir mantener la cohesión o provocar la ruptura del sistema social, ... un contradicción que no resulta fácil de superar" (79-80).

En orden al repaso conceptual del propio autor, que incluye una presentación sucinta de las respuestas de Antonio Gramsci y de Louis Althusser, quizá sea dable agregar que, a la luz de la década de los 80, se extrañan los aportes de Foucault para quien la ideología es la malla desde la cual se articulan nuestros pensamientos, debiendo entonces hablarse de la misma no a nivel de contenido sino de la organización

discursiva. Por omisión o abandono, Pucciarelli tampoco hace mención de este autor en sus notas "Derroteros recientes de la teoría de la ideología" (en: *Escritos de filosofía*, año 1, n° 2, 1978).

En el tercer escrito, "La filosofía como expresión de un tipo humano", nos dice que el descreimiento y la fe acerca del valor de la filosofía alternan el panorama actual de la misma. Sus problemas, la multiplicidad de respuestas y el antagonismo de sus fragmentos han convertido en un interrogante sus propio quehacer.

¿Se trata de una actividad connatural al hombre o será más bien expresión de un tipo humano? Con el transcurrir del tiempo diversas han sido las opiniones disidentes de la idea según la cual 'el filósofo es un rasgo esencial del hombre'.

La separación entre cosmovisión y filosofía, interés práctico y actitud contemplativa, han marcado los caracteres que para algunos separan la conciencia filosófica del resto. Dicotomía inaceptable ha sido ésta desde Marx en adelante, para quien la filosofía se realiza en la acción.

Los rasgos de la mentalidad filosófica -actitud crítica, sensibilidad para los grandes problemas, método, vinculación de los problemas específicos con la totalidad del ser e impulso práctico-, no han sido suficientes para dar cuenta de las razones de las discrepancias doctrinales. Con este afán se han ensayado diversas respuestas como las de Charles Renouvier, William James, Wilhelm Dilthey, George Simmel, Max Scheler, Karl Jaspers, entre otras.

Pucciarelli estima que, aunque con distintos grados, todos los enigmas de la vida afectan a los hombres, pero sólo una minoría que constituye un tipo humano, vuelca sus esfuerzos sobre problemas filosóficos. La heterogeneidad de las respuestas, en las que inciden factores personales, no impide la voluntad de universalidad de los resultados.

Explicar las diferencias filosóficas apelando a la teoría de los tipos humanos implica ciertos riesgos y la necesidad de tener en cuenta algunos cuidados entre los cuales el más importante quizá sea 'el condicionamiento social de las ideas'. Sin embargo, admitir la existencia de la filosofía como expresión de un tipo humano tiene valiosas consecuencias teóricas:

en primer lugar una concepción pluralista de la historia de la filosofía y, en segundo lugar, una concepción de la verdad en cuanto congruencia de la visión del mundo con el tipo humano correspondiente. Entender los sistemas desde los tipos humanos y determinar los tipos a partir de la estructura de los sistemas no sería para el autor una circularidad infecunda, pues cada nueva instancia permitiría inéditos y abiertos niveles de claridad.

Los tres escritos comentados guardan en común una actitud de mesurado esfuerzo por presentar las diversas posiciones a las cuales se alude, con la intención de señalar las limitaciones que el autor encuentra para acotar, al mismo tiempo, su propia respuesta. Una actitud valorable sobre tópicos que para muchos son inabordables por las limitaciones doctrinales que suelen afectarlos.

El método de Eugenio Pucciarelli consiste en plantear el tema, dar cuenta de algunos interrogantes relevantes surgidos de una revisión histórico-conceptual y, finalmente, señalar una posición personal más que conciliadora, superadora de lo hasta el momento expresado, dando muestras de lo que entiende por tarea de la filosofía: obtener claridad sobre el tema abordado en una labor permanentemente abierta. Más aún, el método fenomenológico por el que transita, interroga sin dar respuestas clausas. Describe sin pretender alcanzar la certeza de una definición última. ¿Falta de una toma de posición? El camino que sigue en cada trabajo deslinda respuestas que, sometidas a su examen crítico no le parecen adecuadas o, en todo caso, le resultan parciales. Con esto construye su propio espacio de producción que por cierto, ya es amplio. Mas el derrotero no finaliza allí, pues es posible igualmente hallar su propuesta sin que la misma venga con el ropaje de lo último y definitivo. Se trata, sin dudas, de un acto de honestidad intelectual para quien se ha fijado, desde el inicio respetar las otras voces.

La ausencia de definiciones puede dejar al lector en situación de desazón o desamparo, pero se trata, naturalmente, de una invitación al pensar propio con el riesgo imaginativo que todo ejercicio utópico requiere.

El homenaje, en el que se han deslizado diversas erratas,

incluye una selección bibliográfica de carácter temático sobre la base del trabajo que publicara en 1983 Blanca Parfait. La misma tiene en cuenta las siguientes áreas: esencia de la filosofía, tiempo, ideología y mitos políticos, historia de la filosofía y filosofía argentina.

Clara Alicia Jalif de Bertranou